



¿La clase media muerde la mano que le dio de comer? ¿O la mano no entiende?

(por Guillermo Ogietti)

Un análisis del porqué los progresismos pueden morir de éxito y sobre cómo evitarlo

Los gobiernos progresistas de nuestra región no terminan de entender la clase media y esto es uno de los determinantes de algunos fracasos electorales recientes. Llegaron al poder en la década pasada, apoyándose en un discurso igualitario que caló hondo en la tierra arrasada que dejaron las políticas neoliberales y las crisis que desencadenaron en toda América Latina durante los '90. Estos nuevos gobiernos fueron consecuentes con su discurso igualitario y **durante la década ganada lograron sacar de la pobreza a más de 90 millones de ciudadanos que pasaron a enrolar el ejército de esta clase media** incomprendida. Así, la clase media engordó con estos nuevos ascensos y el de los jóvenes que tuvieron la fortuna de nacer en esta clase media sin haber padecido las penurias que sufrieron sus padres.

Este cambio en la estructura de clases transformó las expectativas y aspiraciones materiales de millones de ciudadanos, sin embargo, el discurso de los gobiernos que lograron este ascenso social no se ha modificado muy poco a lo largo de esta década. Para decirlo claramente, el progresismo le sigue dirigiendo la palabra a un interlocutor que ya no existe, que se mudó de clase, y ahora quiere escuchar otras cosas.

Una consecuencia de dormirse en los laureles del discurso inicial que permitió los triunfos en la década pasada, son los resultados electorales adversos en Argentina, Bolivia y Venezuela y la pérdida de apoyo electoral a las propuestas progresistas de grandes sectores de la clase media, en especial de la juventud, en toda la región.

Algunos gobiernos, ante el desaire electoral de esta clase media ampliada, **han reaccionado de la peor forma posible, en tono de reproche paternal**: “te di todo lo que eres, y ahora que te necesito (electoralmente), me abandonas”.

Muy mala estrategia, porque estos “hijos” (nueva clase media) reaccionan como cualquier hijo ante un reproche paternal de este tipo, ¡emancipándose (votando diferente)! Después de todo, los padres están obligados a cuidar de sus hijos al igual los gobiernos están obligados con sus ciudadanos ¡Para eso están los papás y los gobiernos, son su razón de ser! Y los buenos papás no extorsionamos a nuestros hijos con estos reproches.

El reproche es una actitud inconducente y mezquina. Después de todo, qué sentido tiene luchar para lograr una mejora material y el ascenso social de la ciudadanía si luego no se tolera la consecuencia de este ascenso sobre la conducta e ideología de los que ascendieron. Este es un error grave que quiero dejar bien sentado en esta nota. **El error, común a todos los gobiernos**



progresistas, es no haber interpretado ese cambio en la estructura social, no haber buscado ejes del diálogo diferentes con esos nuevos segmentos de la población, sino por el contrario, haber aspirado a seguir viviendo del rédito del agradecimiento.

Nuestros dirigentes no reaccionaron a tiempo al cambio que produjeron sus propios éxitos. La transformación ha sido enorme y prácticamente ha creado nuevos países. Y de la misma forma que no sería sensato hacer la misma campaña en Bolivia que en Canadá, es insensato que el discurso y las propuestas progresistas no se hayan adaptado a estos cambios que se han producido. El progresismo necesita dirigirse hacia estos nuevos actores sociales, porque si no lo hace, entraremos en una **elipse viciosa por la que mientras más éxito tengamos sacando de la pobreza a la población, menos votos conseguiremos por hacerlo.** Morir de éxito.

¿Hacia dónde se dirigen las preferencias políticas de la nueva sociedad?

Una vez aclarado este punto, el paso siguiente es conocer cuál ha sido el cambio en las preferencias políticas: **¿cómo piensa esta nueva sociedad tras la transformación?** Sería necesario hacer estudios demoscópicos que nos permitan interpretar el pensamiento de esta nueva estructura de clases, pero a falta de estos, **un primer atisbo al asunto nos permite anticipar que los principios igualitarios que encumbraron las revoluciones ya no son tan valorados por la sociedad.** Dos enfoques que permiten afirmar esto:

El primero es el resultado de un juego¹. Todos sabemos que las sociedades igualitarias son mejores sociedades, generan un entorno favorable para disfrutar mejor la vida. Pero esto no significa que cada uno esté dispuesto a financiar esta igualdad. A cada uno le conviene contribuir lo menos posible y que sea el resto quien pague los impuestos para lograr la igualdad. Es obvio, que si este es el juego, la conducta dominante será que nadie contribuirá, porque todos esperarán a que sea el resto quien lo haga, por lo que nadie terminará aportando al esfuerzo igualitario. La única forma en la que un gobierno consigue aplicar políticas redistributivas es con apoyo electoral de quienes prefieren estas políticas, en general porque entienden que recibirán más de lo que contribuirán al esfuerzo igualitario. Pues bueno, **el cambio en la estructura de clases de la década ganada, sencillamente ha hecho que la mayoría electoral ya podría estar en poder de quienes perciben que tendrán que contribuir más de lo que recibirán de las políticas redistributivas.** Es por esto que las nuevas clases media y la juventud, empiezan a ser colonizadas fácilmente por las ideas de que el Estado es ineficiente, que el gobierno es corrupto y que las regulaciones son obstáculos al progreso personal. Quedan así predispuestos a pensar que sus éxitos son el fruto de su esfuerzo individual y sus fracasos culpa del Estado. En definitiva, **el cambio en la estructura de clases ha generado una sociedad con un menor rechazo por la desigualdad que la sociedad que encontramos a fines de los '90.**

¹ Este juego es una adaptación del famoso dilema del prisionero.

El segundo enfoque que nos permite atisbar el pensamiento de la nueva estructura de clases se vincula al consumo. Toda la teoría económica reconoce que existe un efecto emulación del consumo de la clase inmediata superior. El gran economista Thorstein Veblen en 1899 publicó el ensayo “La Teoría de la Clase ociosa”, en el que explica, tras estudiar detenidamente los hábitos de consumo de la sociedad, que lo que él denomina la “clase ociosa”² influye enormemente en los hábitos de consumo de “toda” la sociedad, lo que le permite desarrollar la teoría de la “emulación”, que básicamente afirma que las clases sociales tienden a imitar el consumo de la clase inmediata superior. En la época del Veblen, el mundo era más pequeño porque el radio de vinculación social era limitado, mientras que por el contrario, en nuestra época el mundo se ha ampliado a escala global, porque debido a los medios de comunicación audiovisual los pobres de cualquier rincón del mundo pueden aspirar a emular la conducta de los más ricos del mundo, no de los del barrio, pueblo o ciudad. Las posibilidades de emulación no tienen precedentes en la historia.

Ahora bien, **una vez que aceptamos que existe una emulación de los hábitos de consumo, el paso siguiente e inevitable, es aceptar que esta emulación se extienda al plano de preferencias políticas.** Es natural que así suceda, de hecho, cuando no es así, cuando el hábito de consumo no está correlacionado con una preferencia ideológica, en cierto modo genera un rechazo social que estimula la conducta “correspondiente” entre status e ideología. En efecto, vestirse de Luis XVI y defender la revolución francesa es tan chocante como vestirse de pobre y defender la servidumbre. En definitiva, es coherente que la emulación del consumo y la ideología avancen por la misma vía, explicando la tendencia hacia el conservadurismo de las ideas políticas de las clases medias.

Esta preferencia ideológica en formación de la nueva clase media y, en especial, de la juventud, es una mala noticia para los gobiernos progresistas que apostaron muchas fichas al camino del progreso del consumo de la población. El discurso neoliberal tiene más chances de colonizar las mentes de esta nueva estructura social, aún a pesar de que así puede comprometer el bienestar de esta nueva clase media.

Sobre cómo continuar con el progresismo en la región

La continuidad del programa progresista necesita reconocer estos cambios en la estructura social y la preferencia política de las nuevas mayorías. En este sentido, es necesario tener una buena

² Podemos definir a la clase ociosa por su opuesto, la clase productiva-técnica. Refiriéndose a los estratos superiores, Thorstein Veblen afirma que “todas las personas de gusto refinado sienten que ciertos oficios – que convencionalmente se consideran serviles– llevan unida con inseparabilidad una cierta contaminación espiritual. Se condena y evita sin titubear las apariencias vulgares [...] y las ocupaciones vulgarmente productivas”. Esta conducta les conduce a un “consumo conspicuo”, un consumo de bienes que brinden más valor por la distinción que por su utilidad, y por ocio se refiere a “pasar el tiempo sin hacer nada productivo: 1) por un sentido de la indignidad del trabajo productivo, y 2) como demostración de una capacidad pecuniaria que permite una vida de ociosidad”.

percepción sobre las motivaciones humanas y la heterogeneidad de valores que impregna la sociedad. A grandes rasgos, **es conveniente comenzar por reconocer que en los individuos coexisten dos valores contrapuestos. Por un lado, las ambiciones de progreso material**, que incorpora no solo el consumo disfrutado individualmente, sino también por comparación con el resto de la sociedad, lo que en definitiva hace al estatus social. Y **por el otro, una preferencia por la equidad**, en el sentido de que pocos egoístas disfrutan del malestar ajeno y, por el contrario, muchos preferirán vivir en sociedades más equilibradas en términos de igualdad. **Estos dos valores nos dan las pistas sobre dónde debe encaminarse el discurso y las propuestas políticas del progresismo, para superar las limitaciones electorales que tiene el discurso igualitarista.** Estas dos preferencias están presentes, en distintas medidas, en todos nosotros. Son valores en cierto grado antagónicos, porque la preferencia por la equidad decae si las ambiciones materiales son altas o si se produce a costa de una parte del bienestar individual. A mi criterio estos valores están presentes en todos nosotros, los estrictamente egoístas solo tendrán en cuenta el primero, los más individualistas priorizarán el primero a costa del segundo, mientras que los menos individualistas tendrán un balance que resulta en un menor peso del primero y los estrictamente generosos valorarán el segundo más que el primero.

Un breve análisis sobre el grado de preferencia por la equidad (o rechazo por la desigualdad), nos indica que depende en gran medida de factores antropológicos³. Por ejemplo, los anglosajones tienen poco rechazo a la desigualdad mientras que los franceses y los rusos no. Si a un inglés le va mal, probablemente se auto-flagele atribuyéndoselo a su incompetencia, mientras que si a un francés le va mal, preferirá jugar con la guillotina y la cabeza del Rey. A pesar de estos elementos rígidos, la preferencia por la equidad también es un aspecto moral de la sociedad que puede ser moldeado, como otras instituciones sociales, a través de una buena educación con este objetivo y, sobre todo, por las fuerzas del ejemplo y la conveniencia. Así, el buen ejemplo que los países nórdicos nos dan sobre las ventajas competitivas⁴ que redundan en eficiencia, y de calidad de vida que obtienen las sociedades más igualitarias, posiblemente aumenten las preferencias por la equidad (de la misma forma que el mal ejemplo de las desventajas que deben asumir las sociedades más desiguales fortalecen la misma preferencia). En este camino, **los gobiernos progresistas tienen mucho para recorrer, en cuanto aún no han logrado convencer a la ciudadanía de la equidad es un bien público, que genera ventajas de eficiencia además de justicia, que permiten a todas las clases estar mejor.** A mi criterio, **no hemos conseguido convencer a la ciudadanía que las ventajas indirectas que recibimos por la igualdad son mayores a los costos tributarios que individualmente asumimos para financiarla.**

³ Emmanuel Todd ilustra magistralmente el determinante antropológico de la ideología en su libro de 1985 “Explicación de la ideología: Estructura Familiar y sistema social”.

⁴ Un claro ejemplo es la reducción de costos vinculados a la seguridad interna y a la resolución de conflictos que existe en las sociedades más igualitarias (ver “Trabajo Guardian” de Jayadev y Bowles, 2006), así como el ambiente favorable para los negocios que crea la confianza y la menor delincuencia.



Con estos valores, se puede defender la idea de que el discurso igualitario que llevó a los gobiernos progresistas al poder, no ganó por igualitario sino porque, dada la estructura de clases empobrecida de esa etapa, prometía mejorar las oportunidades materiales y sacar de la pobreza a la población, es decir, ganó no por apuntar al segundo valor, sino al primero.

A mi criterio, un error frecuente de la izquierda es dar por sentado un amor universal por la igualdad. Esto parte de no reconocer la heterogeneidad humana y suponer, al igual que la ortodoxia, que existe un único individuo representativo. En realidad, los pobres lo que desean es superarse, al igual que la clase media, y para ellos, la igualdad es un método para lograrlo, no un fin en sí mismo. Es por esto que el discurso igualitario tiene techo. Cuando la clase media aumenta su tamaño y su ingreso, comienzan a percibir que el esfuerzo igualitario se recuesta sobre sus espaldas y sus nuevas aspiraciones materiales y entra en conflicto con sus nuevas percepciones ideológicas. De esta fuente beben los triunfos apoyados en la muletilla de la reducción de los impuestos. Los discursos igualitarios condujeron al éxito a los gobiernos progresistas en la década pasada, porque la igualdad representaba también un progreso para los pobres, que eran muchos. Con el auge de las clases medias, tras una década ganada, son muchos más quienes perciben que tienen que comenzar a pagar las costas del ascenso de los que quedaron más rezagados y la cosecha de votos del discurso igualitario se reduce.

Continuidad del progresismo: el desafío

Las nuevas clases medias que supimos conseguir, necesitan otros discursos y se le deben plantear nuevos objetivos y aspiraciones, que satisfagan las nuevas aspiraciones de esta nueva sociedad sin abandonar las políticas igualitaristas. Al final de cuentas, el objetivo de los proyectos progresistas es mucho más que igualitario y debe explotarse el interés de estas nuevas clases por temas comunes a los valores progresistas, como el desarrollo tecnológico endógeno, el desarrollo económico, la mejora y universalización de servicios básicos como educación, transporte y salud públicas, transparencia, infraestructuras, apoyo a la iniciativa y los emprendedores, deportes, al medio ambiente etc. Las propuestas progresistas en estas áreas superan las alternativas conservadoras y, a su vez, permitirán seguir avanzando por el camino de la igualdad. Sobre el discurso igualitario, a mi criterio debe hacerse muchas nueces y poco ruido, y el discurso debe centrarse en convencer a la ciudadanía de que la equidad no solo representa justicia, sino sociedades que merecen ser vividas y, sobre todo, convencer al individualista que es por su propio bien, porque la igualdad redonda en competitividad y eficiencia económica de las que también se beneficiaría.